

do no hacen y también cuando hacen, porque viven consigo. Y los castigos del Señor a éstos, es no darles copia de Sí cuando ellos la quieren, pues ellos no se la dan a Él cuando El la pide. Y por esto conviene pedirle perdón de la poca perseverancia, y enmendarla con entera renunciación en las manos del Señor de lo que de los ejercicios saliere. Ose perderse por nuestro Señor obedeciendo lo que manda, y no mire lo que sale de allí; que ahora sea sequedad, ahora devoción, todo es merced, pues todo es contentamiento del Señor; y cuanto pudiere estar vivo a contentarse con éste, y muerto a buscar el propio, tanto le ira de bien.

4. Ningún rato gaste vuestra merced en pensar si será bien aceptar o repudiar aquel negocio de que escribieron se haría sin duda, porque es señal de corazón no ofrecido al recogimiento, y que presto pierde el tiempo presente con cuidado de cosas por venir. Olvídelo, y suplique a nuestro Señor no le traiga en tentación, pues conoce su flaqueza, y viva sin congoja en el corazón celebrando fiesta al Señor; de arte que, pregunta[n]do a su corazón qué cuidado tiene, le responda: Ninguno, sino de dar este ratico mi corazón al Señor. Lo que fuera de esto sale no es bueno, por muy colorado que venga. Y aquí entra el pensar mudarse a otra parte. Efectos son todos esos de corazón tibio y no ocupado en lo que le llamaron, que es trato continuo con el Señor que cada momento le mira y le pide que le mire, *y le abra el corazón a Él, pues es suyo* (Prov., 23, 26), y lo niegue a todo lo que Él no es. Desvergonzado de un hombre, en cuyo corazón Dios quiere reposar y darle reposo, y él anda por acá y por allá trabajando, y dice que para buscar reposo. *Entrese en sí y muérase allí*, que allí hallará su vida y su salud; y *nacerle ha un sol* (Malach., 4, 2) que le quite todas esas tinieblas y tristezas, y sabrá lo que no sabe. Humildad pide esto, y trabajo de tener encerrado su corazón; mas para eso murió el Señor, para que tengamos esfuerzo para morir nosotros por Él y hacer esto.

Cristo sea su luz. Y guardese de saber más por especulación de cosas de oración, que por práctica; que el Señor es maestro de los niños: *Et abscondit se et sua a prudentibus* (Mt., 11, 25)

154.—PARA UN CABALLERO DE ESTOS REINOS

Discípulo suyo. Sobre el recogimiento del corazón.

¿Qué aprovechan espuelas cuando el jumento es tan perezoso como yo? Y juntándose con esto la carga de mi poca salud, no es maravilla que no escriba ni responda. Esta se escribe con tanta *angustia temporum* (*Dan.*, 9, 25), que no sé si irá de provecho.

Heme alegrado de *la ablactación del niño* (*Gen.*, 21, 8) (1), aunque sé que algunos mueren entonces por no tener fuerzas para comer pan con corteza. Mas como tenga [a] vuestra merced por *hijo de promisión* como a Isaac (*Gen.*, 17, 19), espero de Jesucristo que no morirá con manjar de piedras, sino que *lo gustará*, como Cristo *el vino mirrado* (*Mt.*, 27, 34). El consentimiento le quitará Dios; el sentimiento será tormento de cruz para gloria del que nos amó en ella; y rogándonos nuestros enemigos que descendamos de ella, queremos más confesar a Cristo y estar en ella, que negar y descansar.

Ya sabe vuestra merced la suma y omnipotente bondad de nuestro celestial Padre, que llega a sacar bienes de males, y calor de frío; y por esto no desmaye de verse apartado de alas de padre que en la tierra vive (2), ni de hallar esterilidad donde pensaba hallar mantenimiento abundante. Ose vuestra merced estar a solas con Cristo, no [por] desperdiciar los medios de los siervos de Él, mas por obedecer su ordenación, cuando quiere que quede vuestra merced sin abrigo en la tierra. Porque entonces es costumbre usada del Señor nuestro hacer mercedes visibles y mayores, que por medio de los suyos las hacía; y aprende el tal hombre que tiene Dios, y muy buen Dios, y dice (*Jn.*, 8, 16): *Non sum solus, quia Pater mecum est*. Y comienza a crecer en la fe, y ensancha su oración en el amor, siendo ayudado del amor con que ve ser amado. Y así crece con lo que parecía y temía que había de desmedrar, y halló compañía en la so-

(1) *Ablactación*: destete. Alude al convite que Abraham celebró cuando fué destetado su hijo Isaac, y lo aplica a alguna tribulación que sobrevino a su dirigido.

(2) Parece aludirse, a sí mismo, que era el padre espiritual.

ledad, y anduvo sin báculo el flaco. No falte cuidado de recibir al que es todo nuestro bien; este siempre diciendo con verdad (1 Reg., 3, 9): *Loquere, Domine, quia audit servus tuus.*

Encastillese en su corazón; que, aunque es de flaqueza de vidrio, el que a él vendrá a morar lo hará tan poderoso, que todo lo que lo quiera combatir será vidrio, y el más fuerte que acero. Y por no hacer esto hay flaqueza en el corazón cuando la hay, según está escrito (Oseas, 10, 2): *Divisum est cor eorum; nunc interibunt.* No hay lugar seguro donde asentar el corazón, sino en el secreto encerramiento y escondrijo interior, donde no entra sino sólo Cristo *januis clausis* (Jn., 20, 26). Y fuera de aquí, andan a tanto peligro, como moza liviana fuera de casa entre malos hombres. Y si hubiese justo castigo, y bien ejecutado por cada salida a callejear el corazón, *forte* escarmentaríamos, como hace un jumento; aunque quien atento estuviere, luego verá el castigo que del cielo viene sobre el mismo corazón *quando diligit movere pedes* (Jerem., 14, 10); y es lo que luego se sigue, *et Domino non placuit.* Uso quiere este negocio, que después el mismo corazón se está quedo, aunque le abran la puerta, como ave doméstica en jaula. Y esta es la raíz de todo aprovechamiento, porque a los pies de Cristo lo ha de haber, si verdadero ha de ser.

Christus Jesus sit cum omnibus. Amén.

155.—A UN CABALLERO DE ESTOS REINOS
Su discípulo, que estudiaba Filosofía (1).

Una de vuestra merced recibí, llena de buenas nuevas acerca de la oración y obediencia. A nuestro Señor di gracias por ello; y a vuestra merced suplico que conozca el valor del metal, y la indignidad de quien lo recibe, y la grandeza de quien lo da; porque si cualquiera cosa de éstas pide agradecimiento, ¿qué hará donde todas tres concurren? Y usar bien de los mismos dones, es gran parte para que el Dador de ellos los conserve y acreciente. Y, por tanto, tenga vuestra merced cuidado de guardar su ánima limpia de imaginaciones desaprovechadas y pensamientos mortecinos, para que no impidan la secreta habla con el Señor, que pide silencio con las criaturas; porque

(1) Sospechamos que esta Carta y la siguiente van dirigidas al P. B. Antonio de Córdoba, S. J.

hablar a ellas y a Él, es imposible. Aun a San Agustín parece que para la perfecta oración debe el ánima callar aun a sí misma; y un viejo de los Padres dijo: *Non est perfecta oratio monachi, quando monachus quod orat intelligit.*

Bien creo que miradas estas cosas en sí, no serían nada ayudadas por el estudio de la filosofía humana; mas pues le es mandado a vuestra merced, tómelos sin dudar y sin contradecir; que la obediencia verdadera, *sepulchrum est propriae sententiae, et propriae voluntatis.* Que no es nuevo este don celestial hacer milagros en la tierra; y por uno de ellos tengo crecer principiante en la oración, y salir con ella, usando juntamente estudio de artes (2).

Ya ve vuestra merced cómo sabe Dios alumbrar los partos sin presencia de predicadores, y más a sabor que cuando estuvimos presentes. A Él gracias por sus misericordias, y plégale que no sean solamente exteriores y transitorias, sino que nos sean motivos para entrar dentro de nos, a recibir otras tanto mayores, cuanto va de ánima a cuerpo, que son las que Dios pretende dar por medio de éstas.

En lo que vuestra merced manda de mi vida, le suplico lo deje a lo que nuestro Señor me encaminare, sin recibir deservicio de ello, porque Él me encaminará el cómo y el cuándo; pues a lo que siento, menos oportuno tiempo es para mí ir a ser presente en regocijos, que a dolores de parto.

A la ciudad hablé el lunes; dicen que se recibió bien. Todo lo encamine nuestro Señor como sabe que más le hemos de servir; y Él haga a vuestra merced todo suyo, lo cual es cuando su solo amor reina en nosotros: porque si de Él no somos, ¿con quién nos ira bien?

156.—PARA EL MISMO CABALLERO

Cómo se han de tratar los negocios sin inquietud de corazón.

La voz del mensajero que se parte me toma de noche y sin papel, y con las ordinarias indisposiciones. El Señor Todopoderoso le diga a vuestra merced por Sí lo que le había de decir por mi pluma, pues no hay en mí merecimiento ni aparejo.

(2) *Artes*: filosofía.

Las quejas que vuestra merced tiene de la prudencia son justas; admitalas y hágales justicia, temiéndose siempre del enemigo tan astuto y andándole contando todos sus pasos para conocer sus enganos. Y en estas tentaciones el conocerlas es vencerlas. Haga consigo la cuenta que el otro monje hacía: No vine a juzgar a nadie, sino a ser juzgado de todos. Dígase vuestra merced: No vine a ser celador, si no es de mí; no me pone Dios en estado de guía, sino de ser guiado. Y ¿quién es tan desatinado, que piense acertar en lo que Dios no le pone? pues que *omnis plantatio*, etc. (*Mt.*, 15, 12). Y si por obediencia conviene dar algún parecer, pidaselo a nuestro Señor, y délo con temor, y como cosa que la ofrece para que sea examinada por ajeno juicio, y no con determinación; de arte que lo arroje con tanta libertad, que ni quiera que sea aprobada ni ejecutada porque a él le pareció, ni que por aquello valga algo, sino que se haga en aquello lo que a otros pareciere, o aceptando aquel parecer o desechándolo; entendiendo que ya cumplió vuestra merced su obediencia, y que no tiene más cosa propia en aquel negocio.

Los que tienen lumbre del cielo, o los que han aprendido a poder de caídas, tanto temen los buenos deseos de cosas particulares, como los acometimientos de los malos; y por alguna manera, más, por ser el engaño de ellos más difícil de entender y de vencer. Y este temor les hace no arrojarse luego a recibirlos, sino a estarse en su puesto, encomendando al Señor aquel deseo, y preguntando. Y este temor es principio de salud; y el fin de ella, en ésta se puede aquí mal declarar; mas para quien tiene a quién obedecer, todo es declarado con contarle y recibir el consejo. Cuando se hubiere conocido servirse Dios de los negocios, y convenir que se traten, ha de ser de modo que Su Majestad no se ofenda de quien los tratare; porque si (1) hinche el corazón de cuidados y distraimientos, mayormente fuera de tiempo, no es tratar justamente lo justo. Bueno es tenerse por ministro mandado, y no por guía del negocio; ni por maestro mayor, sino por mozo de: «Daca aquello; haz lo otro.»

Quando viniere el cuidado fuera de tiempo, decir: «No me manda mi Señor ahora nada de eso; no tengo yo que pensar; todo irá errado por ir de mi cabeza; cuando mi Señor me mande que haga, he de ha-

(1) Si; la edición de 1595. *se.*

cerlo; oiré y haré.» Y para esto es bien tener tiempo determinado para estos cuidados porque no vengan a hacer estruendo cuando el hombre ha de estar en silencio con Dios. Y si dan congoja que inquiete, entender que no es aquel el camino de Dios, ni cumplimos su palabra de *Nolite solliciti esse* (Mt., 6, 31). *Labor enim exercendus, sollicituao tollenda*; pues dice el Señor que confiemos en el celestial Padre para quitarla. Quien la tiene, cierto, siente que el negocio pende de él, y que su saber le puede encaminar en él. Y por esto se ha de persuadir el cristiano que no es de provecho, aun para el mismo negocio, aquella angustia inquieta, ni aquel demasiado pensar vedado por la Escritura (Eccli., 30, 22): *Non aflagas temetipsum in consilio tuo*. Digase a sí mismo: Dios lo ha de hacer, no yo; *forte* no quiere Dios que se remedie esto por aquí; y si lo quiere, con paz ha de ser y con ganancia mía, y no con pérdida. Y así procurar que el corazón ande celebrando siempre el cristiano *sabatismo* que dice San Pablo (Hebr., 4, 9), y de que diga al Señor: Venid a *mi corazón*, que *desembarazado está* (Ps., 107, 2), y no tengo cosa que me estorbe de oiros y hablaros. Y tiene vuestra merced razón de pedir socorro de oraciones para ello, porque no así fácilmente se alcanza.

El Señor que llamó a vuestra merced para Sí, le conserve en su gracia, y después le lleve consigo a su eterno descanso.

157.—A UN RELIGIOSO SACERDOTE

Su discípulo. Que en ningún tiempo se debe un religioso descuidar; y el peligro que hay en la tibieza; y algunos motivos para despertar el fervor espiritual

1. Porque no sea que Vuestra Reverencia se endurezca en la Religión, pensando que en andar con el hábito a cuestas, que no hay más sino andar y andar así flojamente y olvidado en el camino de Dios, y si hace algo, más es por miedo del Prelado, que no por el servicio que desea hacer a Dios en ello; le hago saber que en las obras hechas así flojamente sin caridad, más ofende a Dios que otra cosa. No se confíe de su confianza, que aunque parecen buenas, algunas veces no son aceptas, como tenemos ejemplo en el fariseo (Lc., 18); que *ayunaba dos veces en la se-*

mana, y daba sus décimas; y él fué reprobado, y el publicano justificado. Cierto, más es de llorar el religioso flojo, que el pecador engolfado en vicios; porque el pecador ve que pena y anda en el camino de perdición; pero el religioso que no lo es de costumbres, sino de hábito, con su vana confianza va a parar en el infierno, como de los tales el Profeta dice (Ps., 48): *Sicut oves in inferno positi sunt.* ¿Quién son éstos, sino religiosos, que son comparados a las orejas, que son en sí mansas y no ofenden a nadie? Y que vayan, así mansas, a *parar en el infierno*, cosa cierto es de gran lloro; por eso mire que está escrito (Jer., 8): *Maledictus qui facit opus Domini negligenter, vel fraudulenter.*

Mire que tiene oficio apostólico y grande; no se engañe, que en el grado que anduviere, así le tomará Dios cuenta. Por eso no le acontezca como a las vírgenes locas, que pensando que iban con sus lámparas a buen recaudo, al tiempo que fué menester no hallaron óleo en ellas (Mt., 25); pero aunque eran vírgenes como las otras, no por eso entraron mejor en el cielo; y esto causó su vana confianza. Y de aquí es que está escrito: *Qui confidit in cogitationibus suis, impie agit* (Prov., 12, 2).

2. Por eso procure siempre consejo de hombres espirituales, y que le guíen, y no vaya descuidado a parar adonde no piensa, sino procurandq saber la diferencia que hay de servir a Dios o no le servir. ¿No procurará Vuestra Reverencia de saber esto, pues le va tanto en ello? Pruébelo un año, recogíendose en la celda, apartándose de murmuraciones y pláticas ociosas que ahogan al espíritu; y si no se hallare bien con ello, vuélvase a su mala costumbre; pero hasta probarlo no lo deje. ¿Por qué piensa que andan algunos tan flojos y tibios? Porque nunca lo quisieron procurar, ni tuvieron constancia para ponerlo por obra; y ya que algunas veces lo comenzaron, fué por algún poco tiempo; y haciéndoseles la cuesta áspera de subir, tornaron a caer.

¿Sabe la diferencia que hay entre el religioso que sirve a Dios y el que no le sirve? Yo se lo diré, por ver si bastará decírselo de palabra; y es breve de saber: que el religioso que sirve a Dios, tiene acá gloria de mayor perfección; y a la contra, el que a Dios no sirve, tiene acá infierno, y después infierno perpetuo de mayor corrupción. ¿Quiérello ver claro? Mire lo que dice nuestro Señor, Redentor y Maestro

Jesucristo (*Mr.*, 10): *Amen dico vobis, nemo est qui reliquerit domum, aut fratres, aut sorores, aut patrem, aut matrem propter nomen meum, qui non accipiet centies tantum in hoc saeculo, et in futuro vitam aeternam.* Pues que me lo ha de pagar acá Dios cien veces tanto en este mundo, si le sirviere bien, en consolaciones y gustos espirituales, que no hay cosa, sin comparación en el mundo todo, que se pueda comparar con ésta, como lo sé de personas que sirven a Dios en la Religión, que se lo paga Dios tan pagado acá, que no digamos cien veces, pero millares de millares más; y *después* con todo esto les da *su gloria*. Y al contrario, al que no anduviere bien en este camino, ¡qué lástima le es de haber! Que trabaja acá en una vida tan penosa como es la del religioso, que todos lo ven; está toda su vida sin consolación alguna, sino trabajo sobre trabajo; y después de esto, cuando piensa ir a descansar, se va a tomar nuevos tormentos y trabajos, mucho mayores que los primeros sin comparación, y aquellos eternos, sin esperanza de haber fin de ellos.

3. Por cierto, digna cosa es de llorar vernos puestos en tan gran peligro. De esto tenemos ejemplo de un santo ermitaño, que le dió Dios lugar para que pudiese ver el gran peligro en que estaba puesto en esta vida; y como lo considerase, puso sobre su cabeza un capirote de luto, y cubrió su cara, que no podía ver sino solamente la tierra que iba a pisar; y nunca más quiso hablar a hombre, y jamás alzó los ojos de la tierra, llorando de verse en tan gran peligro como vive el hombre. Y como le venían a ver muchos a la celda, viendo la gran mudanza que había hecho, le preguntaban qué hacía, que para qué era aquel extremo. Él nunca les respondía otra cosa sino: ¡Dejadme, que soy hombre! Por eso, por amor de Dios no nos descuidemos con confianza vana, hasta que lleguemos al puerto seguro sin fin. Pues que habemos escogido penitencia, y nuestro hábito la demuestra, no aflojemos en ella, que la vida es breve y la gloria eterna. ¿Qué aprovecha comenzar la vida de la penitencia y no acabarla? ¿O para qué se busca descansadero? ¿Por ventura no está escrito (*Apoc.*, 2): *Esto fidelis usque ad mortem, et dabo tibi coronam vitae?* ¿Por qué procedemos con tanto descuido y flojedad en esta peregrinación?

4. Tome Vuestra Reverencia ejemplo en Cristo, cómo comienza, cómo persevera y cómo acaba; si hubo

flojedad y descuido en su comienzo, medio o fin. Que al fin, si quiere ser compañero en su gloria, es necesario que le sea compañero en esta miseria que Vuestra Reverencia tiene, como está escrito (2 Cor., 1): *Si fuerimus socii passionum, et consolationum erimus.* ¿Qué le aprovecha al que entra en una batalla una y dos veces, si al cabo vuelve las espaldas huyendo? Más le valiera no haber entrado. Haga como hizo Jonatás, que peleó con gran trabajo y afán *hasta la tarde contra los filisteos.* ¿Qué se entiende aquí por *los filisteos*, sino contra los enemigos? ¿Y *hasta la tarde*, sino hasta la muerte? Por eso no aparte la mano de lo comenzado, que si la aparta, la del cielo se apartará de Vuestra Reverencia. *No se acuerde de las ollas de Egipto*, ni mire atrás, pues Dios le ha hecho tan gran merced de apartarle de la compañía de los malos, y traerle a la de los buenos; porque no le acontezca como a la mujer de Lot, que se volvió en *estatua de sal*, y no quiera ser de los que dice el Señor... Por eso anímese, y *no dilate*, como está escrito (Eccli., 5, 8), *de día en día*; y no aguarde hasta la hora de la muerte, cuando sobrevinieren otras tribulaciones y angustias. No se descuide tanto; muy presto vendrá la angustia de la muerte, y ni a mozo ni a viejo perdonará. Y muy más peligroso es el descuido en el viejo que en el mozo, viendo que está cargado de años, y que se descuida, y viendo el pcco tiempo que tiene, se duerme. Peligrosa cosa es, y muy al contrario de la voluntad de Dios, como parece claro en el ejemplo que el Señor nos dió en el huerto con San Pedro, que viéndole el Señor que dormía descuidadamente, se fue a él dos veces a despertarlo: *Simon, dormis?* (Mr., 14). ¡Oh Señor! ¿No veis que es viejo y lleno de canas, y que ha trabajado, y ha andado cansado? Dejadle dormir un poco; llamad aquel mancebo que tenéis cabe Vos, San Juan, para que vele con Vos, que podrá mejor que este pobre viejo. ¿Para qué tenéis tema con él? No hacía esto, sino daba tras su viejo, porque le faltaba mucho de andar, y poco tiempo para darse a Dios, como hizo con San Juan.

Por eso todos se guarden, en cualquier estado, de flojedad, y más el viejo que el mozo, porque se le acaba la jornada y tiene el fin muy cercano, no buscando jubileos (1) en la Orden, diciendo: Sirvan los

(1) *Jubileos*: jubilaciones, exenciones de las observancias por razón de antigüedad, etc.

mancebos, que nosotros ya hemos servido treinta y cuarenta años. Querría yo saber si vienen a servir a la Orden, o a Dios. Si dicen que a la Orden, diré que tienen razón, que los mancebos les tomen la carga. Pero si dicen que vienen a servir a Dios, miren que se engañan mucho. Un santo que aflojase a las veces del fervor de la devoción, osaré decir que este tal santo no está en el cielo; que al fin, *qui perseveraverit usque in finem, hic salvus erit* (Mt., 10). ¿No saben que manda nuestro Señor, Redentor y Maestro Jesucristo (Mt., 16): *Tollat crucem suam quotidie*, cada día, sin aflojar, hasta la muerte: *in canticis*, cada noche, *serviamus illi in sanctitate, et justitia coram ipso omnibus diebus nostris?* (Lc., 1.)

5. Por eso ninguno, aunque más santo sea, no deje la penitencia. Mirad a Job (42) cuán justo era y decía: *Idcirco ipse me reprehendo, et ago poenitentiam in favilla et cinere*. Miren a San Juan Bautista, santificado en el vientre de su madre, la penitencia que hizo tan grande. Y todos esos santos Apóstoles no aflojaron de asperísima penitencia, aunque tenían palabra de Aquel en cuya boca nunca fué hallada mentira, y *antes pereceria el cielo y la tierra, que su palabra* (Lc., 10); que sus nombres están escritos en el cielo, y que irían allá; ¡y nosotros, desnudos, y cargados de pecados a que estamos sujetos, y en duda de nuestra salvación, si no hacemos penitencia, o en la comenzada aflojamos, en la vejez buscando regalo, eximiéndonos del coro! No quiero que el viejo haga más de lo que pueda sufrir; pero en lo que pudiere llevar, ¿por qué no seguirá a los santos y a los otros? ¿O saben otro camino para el cielo, o están mejor alumbrados? Es cosa clara que no. Pues si no, ¿por qué no procuran seguirlos? ¿Con qué ánimo quieren que vayan y caminen este camino los mozos, si ven aflojar a los viejos tan reciamente? Guárdese Vuestra Reverencia, por amor de Dios, no haga de manera, que pierda en la vejez lo que ganó cuando mancebo en la Religión. Por eso hasta llegar esta nave al puerto, ninguno se asegure de su vida, siempre procurando servir más a Dios; pues escogimos el camino y carrera estrecha para ir al cielo, andemos por ella, no declinemos *ad dexteram, nec ad sinistram*; y no sea, que digamos, después que salgamos de esta carne, y viéremos que habemos errado el camino, aquello que está escrito (Sap., 5): *Ambulavimus vias difficiles, et viam Domini ignoravimus*. ¿Quién anda

más dificultosamente que el religioso? Tantos superiores que le mandan, tantas obediencias de día y de noche, tantos ayunos y abstinencias, ya todos lo saben por experiencia; y con todo esto, al cabo nos hallamos y nos hallaremos burlados, y veremos que *ignoramos el camino del Señor*. Por eso es necesario volver sobre nosotros, y seguir el consejo del Sabio, para mejor volvernos a Dios (*Eccli, 7*): *In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.*

6. Cuatro son nuestras postrimerías: *la muerte*, el juicio, el paraíso y el infierno. Miremos la muerte: cuán breve vendrá, cuán breve es esta vida, que, como dice el Apóstol Santiago (4, 15): *Quae enim est vita nostra? Vapor est ad modicum parens*; que se compara al viento, como dice Job (14), que presto pasa: *Acordaos que viento es mi vida. Transitus est tempus nostrum*. Pues viendo que tan poca es nuestra vida, hemos de sacar eternidad mala o buena; ¿por qué no procuraremos de andar este camino como lo hemos de andar, pues tan poco tiempo tenemos? Como lo amonestaba bien el Apóstol (*Galat., 6*): *Dum tempus habemus, operemur bonum*; que al mejor tiempo se nos acortará el hilo de la vida, y ya que nos queramos morir, querremos entonces obrar y no podremos. Por eso, por amor de Dios, se tenga esto siempre en la memoria, el gran arrepentimiento que tendremos en la muerte de lo poco que hemos servido a Dios cuando tendríamos salud, y no podremos volver a hacer penitencia en lo que faltamos, como está escrito (*Sap., 2*): *Non est reversio finis nostri*. Siempre es menester tener este fin delante de los ojos, porque, como dice muy bien un Doctor: *Religiosi autem, qui ambulant sine consideratione finis proprii, efficiuntur tepidi, inquieti, murmuratores, ambitiosi, iracundi, loquaces, sensuales, histriones, et duriores quam saeculares; et nisi Deus per suam misericordiam ad poenitentiam eos revocet, aut conservet, in mala labuntur praecipitia, quibus numquam postea liberantur.*

7. Volvamos también a mirar *el juicio*, que no podemos escapar de él, ¡cuán horrible será! Allí se descubrirán nuestros pecados delante de todo el mundo y del cielo, y delante los buenos y malos. De esto se acordaba bien el glorioso Jerónimo, como él lo dice: *Sive comedam, sive bibam, sive aliquid faciam, semper videtur in auribus esse: Mortui, venite ad iudicium!* No nos veremos allí; que si echáremos los ojos arri-

ba veremos al Juez airado; si abajo, el infierno; dentro de sí, la conciencia. remordiéndose; de parte de fuera, el mundo ardiéndose; a la diestra una infinidad de demonios esperando el ánima para llevarla consigo; a la siniestra los pecados acusándonos. Allí aparecerá Dios airado a los malos, y terrible y espantoso. En grande aprieto se hallarán allí; aun los buenos estarán temblando. No queramos saber más que el partido que quería hacer Job (14) con Dios, siendo tan justo, diciendo: *Quis mihi hoc tribuat, ut in inferno protegas me, donec transeat furor tuus; et constituas mihi tempus, in quo recorderis mei?* Pues si este santo pedía esto, ¿qué haremos nosotros, miserables pecadores, aquel día? ¿Qué diremos? Sino que nos acontecerá lo que a aquel que entró en las bodas sin vestidura de boda, que preguntándole cómo había allí entrado sin vestidura de boda, *obmutuit*. Por eso avísanos (2), porque *cum apparuerit, habeamus fiduciam, et non confundamur ab eo in adventu ejus*. Porque *si el justo apenas se salvará, los pecadores ¿adónde irán?* como lo dice San Pedro (1 Pet., 3). *Omni tempore sint vestimenta tua candida;* como quien dice: Venid siempre ataviados de virtud, que no sabéis cuándo os llamarán.

8. Miremos también en *la gloria* lo que nos está aparejado eternamente, como lo hacía el Profeta (Ps., 118): *Inclinavi ad faciendas justificationes tuas propter retributionem*. Así, inclinemos nuestro corazón, porque con esperanza de tan gran gloria, llevemos mejor y con más ligereza los trabajos. No queramos perder una gloria tan perpetua y tan buena por este momento terreno. Hagamos como Moisés, del cual dice el Apóstol (Hebr., 11): *Estimó Moisés pasar los trabajos con los hijos de Israel, y salir con ellos de Egipto, llegando a la tierra de promisión*. Procuremos no volver las cabezas atrás a las ollas podridas de Egipto, sino, como Moisés, echar los ojos a lo alto y todos los trabajos se harán fáciles.

9. Pero ya que no nos queda ninguna cosa de las dichas ni nos podamos volver a Dios por amor, un remedio queda—y no nos pueden dar otro—, y es que nos volvamos por temor, mirando la pena perpetua del infierno que está aparejada, como lo aconseja el Profeta (Ps., 9): *Convertantur peccatores in infernum, omnes gentes quae obliviscuntur Deum;* como

quien dice: Ya que estáis tan obstinados, pecadores, que olvidáis del todo a Dios, volved a mirar el infierno en que caeréis, y esto os hará volver a Dios; que si esto no basta para convertirnos a El, no se qué bastará. Para siempre jamás pena, y tantas diversidades de penas, que no se pueden explicar; que, como dice San Crisóstomo, así como hay en el cielo muchos merecimientos de gloria, así en el infierno hay muchos merecimientos de pena.

10. Por eso volved sobre vos, *et facite bonum, et quare moriemini? dicit Deus Israel. Revertimini, et vivite: quoniam Deus mortem non fecit, nec laetatur in perditione malorum* (Ezech., 18). Como parece claro en esta su venida; que venía tan manso a darse a todos, y más a los sacerdotes, que tal oficio tenemos, y estamos en tal alto grado, que somos sagrario del Hijo de Dios; que lo que la Virgen soberana trajo en el vientre nueve meses, lo encerramos nosotros cada día en nuestro pecho, y que en la Misa nos ponemos en el altar en persona de Cristo a hacer el oficio del mismo Redentor, y hacemos intercesores entre Dios y los hombres para ofrecer sacrificio; oficio que no tienen los ángeles. ¿Qué serafín bastará para este oficio? ¿Qué penitencia bastará que hagamos? No habíamos de estar sino emparedados. ¡Bien se siente en nosotros; que como hacemos el oficio, así alcanzamos la gloria! ¿En qué está esta flojedad y desacato, sino en que no procuramos de hacer lo que se debe hacer? El que tal oficio tiene es semejante a un carbón. ¿Cómo, pues, una ascua tan viva, que cada día encerramos en nosotros, no nos quema las entrañas? La razón es porque no le tenemos puesto leña en el pecho, donde se enciende cuando le recibimos; no tenemos el pecho lleno de buenas obras y deseos que podríamos hacer, sino que cada día nos confesamos, y siempre tornamos a caer en lo que confesamos, y nunca nos enmendamos ni aprovechamos más un día que otro, ni lo procuramos, que es peor. ¿Pues qué es esto? ¿Por ventura no recibimos gracia en el Sacramento? No hay falta en el Sacramento; y pues que, como está escrito, no la puede haber, ¿cómo no aprovechamos en este camino? ¡Oh sacerdotes! Esta es nuestra confusión, ésta es falta nuestra, cuando no mirásemos otra cosa, sino ver que es un oficio tan grande y tan excelente, y que con él no podemos aprovechar. Procuremos de aprovecharnos.

11. ¿Qué queremos que nos haga Dios más, sino darnos a sí mismo? Ya digo, a nosotros nos echemos

la culpa; nuestro es el descuido grande; nuestra es la flojedad, y el desacato grande; nuestra pura pereza, nuestros deseos desordenados, nuestras pláticas vanas y ociosas; todo el tiempo se nos pasa en niñerías. Que esta ascua viva donde halla aparejo de calor confirmale, y fortalécele y hácele constante en sus obras, y le guía por camino derecho; vuélvele de hombre carnal en espiritual, en ángel encarnado; hácele andar con fervor, con un temor grande de le ofender, mirando cómo le sirva mejor hasta que sale el ánima de sus carnes. Si afloja algo de las cosas corporales alguna vez, no afloja de la devoción, y siempre arde en su corazón.

12. Estos se apartan por temor, y por conservar este amor y ardor, no perdiendo tiempo en murmuraciones, pláticas vanas y cosas que matan esta lumbré; no se les da por todo el mundo un cuarto; más quieren un rato de celda, que todo el tesoro de Venecia. No los lleva cualquier viento del monasterio, considerando el oficio que tienen. Y aunque son raros éstos por nuestros pecados, nunca faltan; siempre Dios obra por su misericordia, porque nos den ejemplo para que andemos tras ellos, y tomemos dechado de aquel que viéremos que anda en el camino y la vía de Jesucristo más recta y derechamente que los otros; y sigámosle, y andemos tras él, y salgamos de tanta flojedad y tibieza, y no nos descuidemos tanto en este camino. pues vemos el gran oficio que tenemos; que Dios nos ayudará, y en nuestra mano está, como dice el Profeta (Ps.: 118): *Anima mea in manibus meis semper*. Y en otra parte (Eccli., 15. 17): *Deus ab initio constituit hominem rectum. et reliquit eum in manu consilii sui. Apposuit tibi aquam et ignem: ad quod volueris, porrige manum tuam*. Y en otra parte (Jonás, 3): *Ecce ego dedi vobis diem vitae, et diem mortis; convertatur unusquisque a via sua mala, et ab iniquitate quae est in manibus suis*. Que si descuidáremos de este camino de la penitencia, será la culpa nuestra, y no de otro; y así nosotros pagaremos las penas, y no otro por nosotros. Y andando el camino de la penitencia, y travando al Señor delante de nuestros ojos, amándole y sirviéndole, será premio nuestro en la eternidad de su gloria.

158.—A SANTA TERESA DE JESÚS.

Aprueba el libro de su Vida y el espíritu que la mueve. Dale algunos consejos prudentísimos para evitar visiones (1).

La gracia y paz de Jesucristo nuestro Señor sea con vuestra merced siempre.

1. Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fué tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo de la doctrina de él; y gracias a Cristo que, aunque lo he leído no con el reposo que era menester, mas heme consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda. Y aunque, cierto yo me consolara con esta parte, sin tocar en lo demás, no me parece que el respeto que debo al negocio y a quien me lo encomienda, me da licencia para dejar de decir algo de lo que siento, a lo menos en general.

2. El libro no está para salir a manos de muchos, porque es menester limar las palabras de él en algunas partes, y en otras declararlas. Y otras cosas hay que al espíritu de vuestra merced pueden ser provechosas, y no lo serían a quien las siguiese; porque las cosas particulares por donde Dios lleva a unos, no son para otros. Estas, o las más de ellas, me quedan acá apuntadas, para ponerlas en orden cuando pudiere, y no faltará cómo enviarlas a vuestra merced (2); porque si vuestra merced viese mis enfermedades y otras necesarias ocupaciones, creo le moverían más a compasión que a culparme de negligente.

(1) Santa Teresa envió al Maestro el libro de su VIDA, del cual dice: «Yo deseo harto se dé orden como lo vea (el Maestro), pues con ese intento comencé a escribir; porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada; que ya no me queda más para hacer lo que es en mí.» Sobre el empeño de Santa Teresa de que el Maestro viese el libro, y el consuelo con que recibió la presente carta, véase OBRAS DE SANTA TERESA DE JESÚS (Edic. P. Silverio), t. I, págs. CXVIII-CXXII. Confrontamos el texto con el que trae el P. Silverio, t. II, pág. 208.

(2) ¿Envío estos apuntes el Maestro a la Santa? ¡Sería interesantísimo conocerlos!

3. La doctrina de la oración está buena por la mayor parte, y muy bien puede vuestra merced fiarse de ella y seguirla; y en los raptos hallo las señas que tienen los que son verdaderos.

El modo de enseñar Dios, al ánima, *sin imaginación y sin palabras* interiores ni exteriores, es muy seguro, y no hallo en él qué tropezar, y San Agustín habla bien de él.

4. Las *hablas interiores y exteriores* han engañado a muchos en nuestros tiempos; y las exteriores son las menos seguras. El ver que no son de espíritu propio es cosa fácil; el discernir si son de espíritu bueno o malo es más dificultoso. Danse muchas reglas para conocer si son del Señor; y una es, que sean dichos en tiempo de necesidad o de algún gran provecho, así como para confortar al hombre tentado o desconfiado, o para algún aviso de peligro, etc. Porque como un hombre bueno no habla palabra sin mucho peso, menos las hablará Dios. Y mirado esto, y ser las palabras conforme a la Escritura divina y a la doctrina de la Iglesia, me parece de las que en el libro están, o de las más, ser de parte de Dios.

5. *Visiones imaginarias o corporales* son las que más duda tienen, y éstas en ninguna manera se deben desear; y si vienen sin ser deseadas, aun se han de huir todo lo posible [aunque no por medio de dar higas, si no fuese cuando de cierto se sabe ser espíritu malo; y, cierto, a mí me hizo horror las que en este caso se dieron, y me dió mucha pena] (3). Debe el hombre suplicar a nuestro Señor no le lleve por camino de ver, sino que la buena vista suya y de sus santos se la guarde para el cielo, y que acá lo lleve por camino llano, como lleva a sus fieles amigos; y con otros buenos medios debe procurar el huir de estas cosas.

Mas si todo esto hecho, duran las visiones, y el ánima saca de ello provecho, y no induce su vista a vanidad, sino a mayor humildad, y lo que dicen es doctrina de la Iglesia, y dura esto por mucho tiempo y con una satisfacción interior que se puede sentir mejor que decir, no hay para qué huir ya de ellas. Aunque ninguno se debe fiar de su juicio en esto, sino comunicarlo luego, con quien le pueda dar lumbre; y éste es el medio universal que se ha de tomar en

(3) Véase la AUTOBIOGRAFÍA de Sta. Teresa, cp. 29. Las palabras encerradas entre corchetes no se leen en la edición de 1595.

todas estas cosas; y esperar en Dios, que si hay humildad para sujetarse a parecer ajeno, no dejará engañar a quien desea acertar (4).

6. Y no se debe nadie atemorizar para condenar de presto estas cosas. por ver que la persona a quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor sacar de malos gustos, y aun de pecados. y graves, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor? Mayormente que estas cosas no se dan por merecimiento, ni por ser uno más fuerte, antes algunas por ser más flaco; y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos.

Ni tienen razón los que por sólo esto descreen estas cosas, porque son muy altas, y parece cosa no creíble abajarse una Majestad infinita a comunicación tan amorosa con una su criatura. Escrito está, que *Dios es amor* (1 Jn., 4, 16), y si amor, es amor infinito y bondad infinita; y del tal amor y bondad no hay que maravillar que haga tales excesos de amor, que turben a los que no le conocen. Y aunque muchos le conocen por fe, mas la experiencia particular del amoroso, y más que amoroso, trato de Dios con el que quiere, si no se tiene, no se podrá bien entender el punto donde llega esta comunicación. Y así he visto a muchos escandalizados de oír las hazañas del amor de Dios con sus criaturas; y como ellos están de aquello muy lejos, no piensan hacer Dios con otros lo que con ellos no hace. Y siendo razón que por ser la obra de amor, y amor que pone en admiración, se tomase por señal que es de Dios, pues es maravilloso en sus obras, y muy más en las de su misericordia, de allí mismo sacan ocasión de descreer, de donde la habían de sacar de creer, concurriendo las otras circunstancias que den testimonio de ser cosa buena.

7. Paréceme, según del libro consta, que vuestra merced ha resistido a estas cosas, y aún más de lo justo. Paréceme que le han aprovechado a su ánima; especialmente le han hecho más conocer su miseria propia y faltas, y enmendarse de ellas. Han durado mucho, y siempre con provecho espiritual. Incítanle a amor de Dios, y a propio desprecio, y a hacer penitencia. No veo por qué condenarlas; inclínome más a tenerlas por buenas, con condición que siempre haya cautela de no fiarse del todo, especialmen-

(4) De esta materia trata extensamente el Beato en su libro AUDI, FILIA, cap. 50-55.

te si es cosa no acostumbrada, o dice que haga alguna cosa particular y no muy llana: en todos estos casos y semejantes se debe suspender el crédito, y pedir luego consejo. *Item*, se advierta que aunque estas cosas sean de Dios, se mezclan otras del enemigo, y por eso siempre ha de haber recelo. *Item*, ya que se sepa que son de Dios, no debe el hombre parar mucho en ello, pues no consiste la santidad sino en amor humilde de Dios y del prójimo, y estotras cosas se deben temer, aunque buenas, y pasar su estudio a la humildad, virtudes y amor del Señor. También conviene no adorar visión de éstas sino a Jesucristo en el cielo o en el Sacramento; y si es cosa de santos, alzar el corazón al Santo del cielo, y no a lo que se me representa en la imaginación; baste que me sirva aquello de imagen para llevarme a lo representado por ella.

8. También digo que las cosas de este libro acaecen aun en nuestros tiempos a otras personas, y con mucha certidumbre que son de Dios, cuya mano no es abreviada para hacer ahora lo que en tiempos pasados. y en vasos flacos, para que Él sea más glorificado (5).

Vuestra merced siga su camino, mas siempre con recelo de los ladrones, y preguntando por el camino derecho; y dé gracias a nuestro Señor que le ha dado su amor y el propio conocimiento, y amor de penitencia y de cruz: y de esotras cosas no haga mucho caso: aunque tampoco las desprecie, pues hay señales que muy muchas de ellas son de parte de nuestro Señor, y las que no son, con pedir consejo no le dañarán.

Yo no puedo creer que he escrito esto con mis fuerzas (6), pues no las tengo: pero la oración de vuestra merced lo ha hecho: pídele por amor de Jesucristo nuestro Señor se encargue de le suplicar por mí, que Él sabe que lo pido con mucha necesidad, y creo basta esto para que vuestra merced haga lo que le suplico. Y pido licencia para acabar ésta, pues quedo obligado a escribir otra.

(5) Sobre esta efusión de gracias místicas en los tiempos del M. Avila habla brevemente en el AUDI. FILIA, capítulo 17.

(6) El Beato se hallaba deshecho por la enfermedad en el último año de su vida.

Jesús sea glorificado de todos y en todos. Amén (7).
De Montilla, 12 de setiembre de 1568 años,
Siervo de v. m. por Cristo

JUAN DE AVILA.

159.—A UNA MONJA, HIJA SUYA ESPIRITUAL.

De la misericordia que hace Dios a los que llama a religión; de los ejercicios de una religiosa, y de la obligación que tiene a Dios.

SIERVA DE JESUCRISTO :

1. Algunas veces he pensado si nuestro Señor os ha llevado de esta presente vida a gozar de Si, pues estando acá, y estar tanto tiempo sin hacerme de saber de vuestra ánima, me parece cosa casi increíble. Aunque algunas veces es tanto lo que da acá nuestro Señor a sentir de Sí mismo, que no se acuerda el ánima de nadie, por estar toda ocupada en Aquel que es todas las cosas. Plega a su bondad que la causa de vuestro no escribirme sea ésta, porque no sólo no me quejaré, mas en gran manera me alegraré; porque ¿qué otra cosa debo yo desear al ánima que en Dios amo, como verla toda ocupada en amar y ser amada de nuestro Señor, pues éste es el fin de lo que con vuestra ánima he trabajado, y de lo que Dios con vos ha hecho?

2. Esposa de Jesucristo, ¿cómo os va con Él? ¿Tenéisle muy asentado, muy querido en vuestro pecho? ¿Hiere el cuidado de tenerle contento a vuestro corazón, para buscar su santa voluntad, aunque sea contra la vuestra? Porque su amor, aunque es gozo y descanso del ánima, por otra parte no le deja reposar, sino, como perpetua espuela, anda aguijando y solicitando al ánima, para que cada día más y más procure de agradar al que ama. Y por esto se compara con el fuego, que es cosa que no está quedo, mas siempre la llama viva está obrando y subiendo hacia arriba. No tiene, que ver este amor con tibieza, ni sabe descansar sino en su Señor. Y este es amor de esposa leal, que vos, señora, es razón que seáis, pues lo sois en la profesión, y tenéis interior llamamiento para poner en obra a lo que de fuera

(7) Fray Luis de Granada, hablando de esta carta, dice que trata «de materias muy espirituales y delicadas, que no son para todos». (VIDA DEL P. M. AVILA, p. I, cap. III. § 12.)

sois llamada. No os olvidéis del día en que a vuestro Esposo os ofrecisteis en mano de vuestro Prelado; ni del día en que vuestro Esposo metió la mano en vuestro corazón, y os dio a conocer a vos misma y a El, cuando dijo en vuestro corazón: *Huguse uz* (*Gen.*, 1, 3) y huyeron tinieblas y tristeza, y como quien ve la lumbré del cielo, vive en alegría y sabe por dónde ha de ir sin tropezar. Porque si de estos días os acordáredes, veréis que en el primero quedasteis obligada a poner muy particularmente vuestro amor en nuestro Señor (1), pues el contrato del matrimonio obliga a cada una de las partes a amar a la otra: y en el segundo día el Señor os demostró el amor que os tiene, y os dió a vos fuerzas para pagarle vos, según vuestra flaqueza, el amor que le debéis. Porque de vuestra parte, ¿qué tenéis vos, sino obligación, y no de qué pagar, ni cómo salir de ella; como pobre adeudada, que merece estar en la cárcel *presu en mendicidad y hierro*, como dice David? (*Ps.*, 106). Mas el rico Jesucristo os dió de la riqueza de su gracia, con que le conozcáis y améis, y podáis vencer lo que os contrasta, y derribar al fuerte Goliat, que es el demonio, peleador contra los que a Jesucristo quieren servir.

3. No es razón, señora, no es razón que olvidéis lo que debéis, ni lo que os dieron para pagar; y por lo que os dieron quedáis más obligada a servir a Dios, pues el ser monjas es de muchas, y el recibir lumbré y favor particular del cielo para servir al Señor no es de muchos. Abraham dones dió a los hijos de sus menos principales mujeres; mas al hijo legítimo de la más querida mujer su herencia le dejó, para que entendamos la diferencia de los dones que Dios da en esta vida a unos y a otros. A Dios gracias, que *vuestras cuerdas y suertes cayeron en lo mejor* (*Ps.*, 15, 6), pues os fué dada gracia para mudar vuestra vida, para despreciar el mundo de todo corazón, para despreciar a vos misma, y para obedecer a vuestra Prelada como a madre, y amar a todos como hermanos, y a Dios más que a la lumbré de vuestros ojos. Esta es la razón celestial que os fué dada, para que vos fuédeses rica y abastada en Jesucristo puesto en la cruz; y de allí os viene la mudanza tan favorable y saludable que en vuestra vida hicisteis, la hermosura invisible que en vuestra ánima fué puesta. ¿Qué resta, sino que, como quien tiene de las riquezas del mundo, luego toma criados para las

(1) *Pues*; la edición de 1595 dice: y *pues*.

guardar, así vos seáis cuidadosa en guardar las que nuestro Señor os ha dado, para que no vengáis a empobrecer en el ánima después de haber sido rica, que es vida muy más trabajosa y triste que la de los que nunca supieron qué eran riquezas?

4. Acordaos de lo que vuestro Esposo dice (*Jn.*, 5, 14), y pensad que lo dice a vos, como es verdad: *Ya estás sano; mira no quieras pecar más, porque no te acaezca otra cosa peor.* Vivid en un santo recelo, si habéis de poner en guarda lo que nuestro Señor os ha dado; si habéis de ganar *cinco talentos con los cinco* que os dieron (*Mt.*, 25); si habéis de tener *óleo en vuestra lámpara* (*l. c.*), no unos pocos de años, sino hasta que suene la voz de la muerte en vuestras orejas: *¡El Esposo viene, salidlo a recibir!* Porque si con este cuidado vivís, bien ocupada andaréis, y no tendréis lugar de poner vuestros ojos en cosa del mundo; porque este cuidado basta para dar en que entender y enflaquecer; la Escritura dice (*Eccli.*, 31, 1) que *basta para quitar el sueño.* Y si no lo tenéis, pesarme ha mucho, porque faltando éste, luego se entra la vanidad, curiosidad, y tantas cuentas con vidas ajenas, cuanta falta de mirar por la propia, y poco a poco viene el ánima a ser siete veces peor que de primero. No espero de vuestra caridad tales frutos, llenos de tanta amargura, mas de bendición y dulcedumbre, como *árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas* (*Ps.*, 1), que con hoja y con fruto alegra al que lo labró. Y si por humana flaqueza os habéis algo descuidado, como suele acaecer, despertad luego, y no pase el sueño adelante, porque no sea sueño mortal; y pedid perdón a nuestro Señor, *que es benigno y misericordioso* (*Joel*, 2, 13), y aunque se enoja con los defectos de los que ya le conocen, y los castiga, no desecha a los hijos, mas castígalos, no con furor, mas con vara de Padre. Idos luego a Él, aunque penséis que lo habéis enojado; que para eso os enseña el enojo, para que se lo quitéis con vuestra humildad y propósito de enmienda. Luego os perdonará, y muchas veces os hará particulares mercedes en pago de vuestros descuidos.

5. No os dejéis endurecer con la tibieza, que es muy mala enfermedad de curar. Ni os desmayéis porque no os estáis siempre en aquel fervor que era razón; y sois mujer, y no ángel; flaca, y no con firmeza. El mayor placer que a vuestro enemigo podéis dar es quedaros caída en el camino, como atollada en el lodo, y quebrantada con la desconfianza, y como

a quien ya no toca el negocio del cielo. Quiere el Señor que *sintais ae Él en bondad* (Sap., 1, 1) y que no desecna a los que, conociendo la propia flaqueza, van a pedir remedio y fuerza. Y es tanta nuestra soberbia, que muchas veces, por sanarnos de ella, nos deja caer en cosas que estaban muy lejos de nos; y caídos, levántanos; y conociendo por experiencia quien somos, agradecemos quien es para con nosotros, y vivimos de ahí adelante con mayor cuidado y recelo de no tornar a perder lo que ya una vez perdimos. Y así nuestro sapientísimo Medico y amantísimo Padre saca medicinas de nuestras heridas y vida de nuestra muerte, y muestra su bondad en nuestra maldad; y aunque peleamos nosotros contra Él con armas de pecados provocativos a que nos deseche, sale su bondad vencedora, haciéndonos mil cuentos de beneficios.

6. Servid, pues, a este Señor con todas vuestras fuerzas; y si así lo habéis hecho, dadle por ello gracias; y si le habéis faltado, tornad a Él con vergüenza y propósito de enmienda; y consolad vuestra ánima con los santos Sacramentos y remedio que dejó; y comenzad el camino de nuevo, y aprended a no tropezar en lo que más veces tropezasteis, para que seáis de aquellos que dice San Pablo (Rom., 8): *Que a los que aman a Dios, todas las cosas se les tornan en bien; y que aunque caen, no se quiebran, porque el Señor los tiene debajo su mano* (Ps., 36, 24).

Y entre estas cosas, acordaos de mi pobreza, para pedirme delante del Señor misericordia. Y dad mis encomiendas a todas las personas que en esa casa sirven al Señor: el cual sea vuestro eterno amor. Amén.

160.—A UN PREDICADOR.

Contra la tentación de la desconfianza; y de los bienes que tenemos en Cristo.

1. No tenga vuestra merced queja de mí, le suplico, sino *dónemelas*, como dice San Pablo (1 Cor., 12), pues Dios nos donó las que contra nos tiene. Ya sabe vuestra merced mis faltas, que bastan a hacer cualquier falta en el servir; y otras veces falta mensajero como ha faltado de donde he estado y ahora estoy; si no hay quien me avise de él, yo no sé dónde le busque. Suplícole crea que en cosa de más importancia tengo amor para le servir.

2. Por tentación cierta tengo la desconfianza de salvación que vuestra merced dice; y no sólo por cier-

ta, mas por necia; que tal nombre merece la que no se quita con los bienes que tenemos en Cristo, como si este negocio fuese obra de nuestras manos, o premio de nuestros méritos, y no antes gracia de Dios por Jesucristo. Ensanche vuestra merced su pequeño corazón en aquella inmensidad de amor con que el Padre nos dió a su Hijo, y con Él nos dió a sí mismo, y al Espíritu Santo y todas las cosas. Reciba esta gracia con hacimiento de gracias y goce de Dios, pues Dios se le da. Y si le desmayan sus deméritos, acuérdesese que una de las dádivas que el Padre en Cristo nos da, es suelta de nuestras deudas, y amansamiento de la ira que merecían nuestros pecados. ¿Qué duda de perdón, pues no duda de la pasión que por los pecados pasó? ¿Qué aprovecha confesar que *Cristo murió por nuestros pecados, justo por injustos* (1 Petr., 2), si no cree que su muerte mató nuestros pecados? Y si son muertos, ¿por qué los teme? Pues los hijos de Israel, a quien Dios sacó de Egipto, *viendo a sus enemigos ahogados en el mar* (Ex., 15) no temieron, mas cantaron alabanzas a Dios, tomando materia de ello en los mismos enemigos que los habían perseguido primero, y a quien antes habían temido.

3. Y aunque no tengamos tan cierta fe de que nuestros pecados nos son perdonados, cuan cierta la tenemos que el Señor murió por ellos, por no saber de cierto si su satisfacción se aplica a nosotros; mas *el corazón nuevo* que Dios nos dió cuando nos llamó para Sí, si no es señal de su amistad y perdón, con la cual podamos tener confianza que estamos de El perdonados, *el espíritu de hijos* que nos dió cuando nos dió amor con Él como con Padre, ése tenemos por prenda, que en el corazón de Dios somos estimados por hijos, pues en el nuestro le estimamos a Él por Padre; pues es blasfemia pensar que amando yo a Dios, no me ame Él a mí, siéndome dado el amor de su mano. No *sienta* vuestra merced *del Señor* en cordedad y estrechura, mas *en bondad* (Sap., 1), como nos está mandado. Y alce los ojos a la señal de nuestra salud, Cristo, a la prenda de nuestra esperanza, al agradamiento del Padre, participando de la cual somos agradables a Él, y tenemos, por su sangre, cierta la vida delante del trono de Dios. Y si le parece que sus obras son menguadas y faltas, así es la verdad. Mas ¿qué parte es eso para desconfiar? Por Cristo fuimos hechos de enemigos amigos, y por Él conservados en su amistad. Más fuertes contrarios de estar bien con Dios teníamos en nuestros peca-

dos, primero que a Dios conociésemos, que lo son ahora las faltas que hacemos; y como no pudieron los pecados pasados estorbar la fuerza de la gracia que en Cristo nos fué comunicada, tampoco podrán los pecados estorbar la amistad, pues estamos incorporados en Cristo, amado del Padre. Buena cosa es sentir nuestra falta y pobreza, mas con condición que sintamos la largueza y riqueza de la misericordia de Dios, y glorifiquemos su bondad en nuestra maldad, pues sufre con amor a hijos tan faltos, ruines y miserables. ¿Por qué priva vuestra merced a Dios de esta gloria, de ser ancho en el amor para con sus hijos? Que, por la fe y amor que a su Hijo tienen, les sufre las faltas que ellos tienen y cometen, habiendo ellos llorado sus pecados y hecho verdadera penitencia de ellos.

4. Persuádase ya que hay bondad en Dios para le amar, y que hay merecimiento en Cristo para ser amado por Él; y viva en hacimiento de gracias por los bienes recibidos, y también [por] (1) el perdón de sus pecados, que cada día comete y cada día recibe; *y pelee las guerras del Señor con alegría*, como se dice de Judas Macabeo (1 Mac., 3). Y con darle Dios lo que le da, espere de gozarle en su reino, aunque haya de pagar *en fuego temporal el heno, paja y madera* que hubiere en su ánima (1 Cor., 3, 15). Anhele siempre a mayor aprovechamiento; mas vaya fundado sobre quietud y confianza, que si no creciere más, esto le basta para su salud. Porque si a sí mismo se mira, como todos seamos llenos de faltas, nunca en su alma faltará desmayo ni sentiría ser amado; y andando así, ¿cómo servirá el Señor, ni contentará a su Santo Espíritu, que en nosotros mora, pues es Él alegre y nosotros le entristecemos con nuestra angustia y desmayo, contra lo cual San Pablo dijo (Ephes., 4): *No queráis entristecer al Espíritu Santo del Señor?*

5. Es la suma, que conozca sus faltas, y le parezcan muy grandes, y las llore y gima por la confesión y penitencia; pero mayores los bienes que en Cristo tenemos, por el cual confie ser amado, con mucho hacimiento de gracias; y si más no le dieren de lo dado, eso basta para esperar la salud eterna.

(1) [Por]; la edición de 1595 dice: *con*.

161.—A UN DISCÍPULO SACERDOTE.

Que los trabajos exteriores se deben desear por el servicio de Dios.

MUY REVERENDO PADRE Y SEÑOR MÍO:

1. Recibí la carta de vuestra merced, y obró en mí lo que otras tuyas; conviene a saber: hacimiento de gracias a nuestro Señor por los dones que le da, según las palabras dan testimonio de lo que está en el corazón. Y también obró en mí mucha confusión de haberme llamado maestro y padre del que ya pensaría hacerme nuestro Señor merced de acertar a ser su hijo y discípulo. Y especialmente me confundió, y aun penó, venir en el fin de la carta, que había muchas que me escribir, y que no lo hacía, por guardar el decoro de oyente y discípulo. No es cosa que se puede llevar adelante, porque no es cosa que pierda yo por querer aprovechar a vuestra merced. Y si de este arte lo ha de hacer, haráme oír y callar.

2. No sé si el otro día le escribí se guardase de un yerro que he visto en algunas personas que se tienen por espirituales, y es despreciar los corporales trabajos y aflicciones tomadas por amor del Señor. Y si lo escribí, no hay nada perdido en tornarlo a decir; y si no, es necesario escribirlo. Después que la lumbré—señor—de nuestros ojos, Jesucristo, vivió en este mundo en tantos trabajos, y murió con tantos dolores, quedaron sus siervos tan hambrientos de padecer, que excede a la hambre que los hombres mundanos tienen de descansar. Y no sólo se contentan de sufrir el trabajo que les viene, y más el que es necesario para evitar que el hombre no caiga en algún pecado; antes buscan todas las vías que pueden para poder hallar algún trabajo, y con él mostrar el amor que a Jesucristo penado tienen, como Él lo mostró para con nosotros en los trabajos que pasó (1). Así como el tibio no querría trabajos, mas los que vienen súfrelos con paciencia por no ofender al Señor, así el ferviente amador de Jesucristo no querría descanso, y si alguno por fuerza ha de tomar, súfrello con paciencia porque lo mandó Jesucristo. De manera, que así como el tibio tiene los consuelos en deseo, y el trabajo en paciencia, así el verdadero cristiano

(1) Véase el AUDI, FILIA, c. 76.

tiene el trabajo en deseo y el descanso en paciencia. Esto viene del espíritu de Cristo, que obra donde perfecto está lo que en el mismo Cristo obró, que fué amor de trabajos, para más enseñar el amor. Y de aquí es que así como consuelan a un tibio cuando le viene el trabajo, así a un cristiano cuando le viene el descanso; porque el uno sufre el trabajo y no le ama, y el otro sufre el descanso y no le ama.

3. Y esto es parte de lo que nuestro Señor Jesucristo nos dijo, cuando nos mandó llevar la cruz, si queremos ser sus discípulos. Digo parte, porque lo principal en que consiste la cruz, es la muerte del parecer y voluntad propia y de las racionales pasiones; esto es el hombre viejo que ha de morir conforme al hombre viejo de Cristo que murió en la cruz. ¿Cuál es este hombre viejo? El mortal y pasible cuerpo. Muerto ha de ser en nosotros este hombre malo que he dicho.

4. Mas aunque éste sea el principal *llevar de cruz*, no se ha de quitar lo que es también parte, aunque sea menos principal. Y aunque San Pablo dice: *Exercitatio corporalis ad modicum utilis est* (1 Tim., 9), no quiere el siervo de Jesucristo dejar de agradarle ni aun en una cosa minima. Y porque no cayésemos en este error dice en otra parte (1 Cor., 9): *Castigo corpus meum, et in servitutum redigo*. No entiendo yo esto que lo decía porque era tentado de carne (como algunos entienden *el estímulo* de que se queja), mas quisolo por cura preservativa, y trabajaba su cuerpo por no venir a enfermar (2 Cor., 4), contando los trabajos que pasaba: *Semper mortificationem Jesu Christi in corpore nostro circumferentes*; adonde llama *mortificación de Cristo*, que es la misma cruz, a los corporales trabajos. Y en otra parte dice (Gal., 5): *Qui Christi sunt, carnem suam crucifixerunt*. Si quisiera entender solamente la crucifixión de los afectos, bastaba decir, *cum vitiis et concupiscentiis*; mas diciendo *carnem*, con el mismo cuerpo lo ha. Y esto explica él muy bien a los Corintios, 6. adonde pone. entre las cosas en que se deben ejercitar los ministros, los corporales trabajos como ayunos y vigili-
as; de manera que todo el hombre ande en cruz. pues todo Cristo anduvo en ella; el ánima por la compasión y memoria de Jesucristo crucificado, y por mortificación del viejo hombre que es dicho; el cuerpo también en cruz por corporales trabajos; porque así todo el hombre sea conforme con Cristo penado, pues ha de serlo con Cristo glorioso.

5. *Haec dixi*, porque debe cada uno medir las fuerzas que Dios le dió, y emplearlas en hacer y padecer todo cuanto pudiere, no sólo mirando si es menester para otro buen fin, sino aunque no sea sino para ser conformes con Jesucristo trabajado, no por necesidad, sino por amor. Aunque ni el cilicio, ni pobre cama, y semejables cosas, tomadas por amor de Jesucristo, nos salven; *sola enim crux Christi est salvifica*; mas a lo menos sea imitación de aquella extrema pobreza y aspereza de Cristo crucificado, lo cual no es de tener a poco, si no feita el amor de Cristo: *Gloria enim magna est sequi Dominum. De hoc hactenus.*

Otros dos puntos tenía pensado de escribir, y no hay tiempo; escribirlos he, porque no se me olviden, con condición que me escriba lo que hay que enmendar sobre aquesto.

162.—A LOS PP. D. DIEGO DE GUZMÁN Y DR. LOARTE

Que querían entrar en la Compañía de Jesús: avisos para aprovechar en la virtud.

1. Lo primero, quiten los ojos de querer aprovechar almas por este modo ni por aquél; ni hagan cuenta que las hay más de para desear el bien de ellas y pedirlo a nuestro Señor, mas no para elegir este modo o aquel de aprovechar, antes resistir a este pensamiento como a una clara tentación.

2. En ninguna manera piensen que entran a juzgar lo que los otros hacen; antes traigan en la boca aquel dicho de un monje: *Ego iudicari veni*. Y de este peligro se deben (1) guardar mucho, especialmente quien piensa que sabe algo; porque hay grandes resbaladeros en él, y llegan alguna vez hasta perder la gracia del Señor. Crean que Dios rige a los que rigen, y que tienen para lo que mandan algún particular motivo que ellos no saben; y ellos no juzguen, sino desembarácese con (*Jn.*, 21, 22): *Quid ad te? Tu me sequere*. Y de otra manera, vivirán muy desconsolados e inquietos. Tengan por gran merced de nuestro Señor la obediencia, y esperen que nuestro Señor por sus mayores les declare su voluntad: la cual esperanza no ha de estribar en la sabiduría del superior, sino en la promesa de Jesucristo, que da su

(1) *Se deben*; la edición de 1595: *se pueden*.

ayuda a quien se humilla; y si fe tuvieren en el obedecer, gozarán de gran paz, y en breve aprovecharán mucho.

3. Entiendan que, aunque no tengan aquella libertad que parece convenir para ganar almas, y que los ponen en otros ejercicios diferentes, no por eso se han de inquietar. Porque como de la conservacion y aumento de esta Orden dependa mucho provecho de ánimas, aquello que para esto va ordenado, aunque sea fregar escudillas, es convertir almas, y se debe hacer con gran consuelo, enderezando sus vidas a que se gasten en acrecentamiento de esta Orden en aquello que les mandaren; y quitando los ojos de otros medios que se ofrezcan, los pongan en aquello que les fuere mandado, teniendo esto por primer intento; y lo estimen, no tanto por lo que ello es, como por ser mandado, teniendo por merced de Cristo ser miembros de este cuerpo, en el cual Él es servido.

4. Estarán aparejados a cruz, y a ella han de pensar que van (2), trabajando de no dar a otros que sufrir, y sufrirán ellos lo de los otros. No se turben con la diversidad de las condiciones que en las comunidades suele haber; mas piensen que hasta que uno es probado con prójimos, es muy poco lo que de Dios tiene. Y a esto principalmente enderecen sus fuerzas, a no ser inquietados ni impedidos con prójimos; a llevar injurias con alegría; a ser hollados como lodo; a ser *los novísimos* (Lc., 14, 10) a ejemplo de Cristo; y miren que no anden descuidados en esto, porque en faltando el cuidado, está cierta la caída, por la guerra continua que hay. Pongan sobre sí los ojos, y no curen de hacerse maestros de otros; y en ello no hablen, si no fuere siendo mandados.

5. Traten el negocio [de su aprovechamiento] (3) con la reverencia que se debe a negocio de Dios, acordándose de que se han llegado a ver la celestial *visión en zarza de cruz* (Ex., 3) y que es *tierra santa* adonde están, y que no sufre mortecinos afectos. Esfuércense mucho en Cristo *et in potentia virtutis ejus* (Ephes., 6, 10) a negarse a sí mismos, no sólo en sensualidad, mas en voluntad, y principalmente en entendimiento: porque éste es el derrama solaces, ene-

(2) La edición de 1595: *han de pasar, porque van.*

(3) *De su aprovechamiento;* falta en la edición de 1595.

migo de la paz, juez de sus mayores, padre de disensión, enemigo de la obediencia, idolo puesto en el lugar santo de Dios. Otra y otra vez les encomiendo que lo derriben, y reine Dios por fe en él, muy confiados que lo que sus mayores les mandan es la voluntad del Señor; y esto, y no otro, tengan por consuelo en todas sus cosas, y por refugio en todas sus dudas; y mientras esto les durare irles ha bien.

163.—PARA UN CURA DE ALMAS

A quien Dios había hecho merced de llamarle a la vida espiritual. Varios consejos para perseverar en el fervor.

1. La enfermedad de la tibieza es asaz peligrosa; y mucho más si es de muchos días. Conviene que si ha sido huésped de vuestra merced, que no sea moradora; porque como es mujer que gasta y no gana, en poco tiempo se come la hacienda ganada en mucho, y deja pobre a su dueño; y de allí viene a ser más que pobre, pues viene a morir (*Apoc.*, 3, 16) vomitándola Dios con dejarle caer en algún pecado mortal. Y cierto, quien conociese de verdad el daño de esta enfermedad, en sólo oírla nombrar le daría tanto temor, que éste le hiciese cerrar la puerta, y a trueque de cualquier trabajo no recibirla en su casa.

2. Los remedios particulares para este mal, en cuanto toca a la oración, me parecen los siguientes. Lo primero mezclar en todas sus ocupaciones la memoria y presencia de Dios; que pues ellas (1) son piadosas, ayudan a acordarse de Dios. Si habla vuestra merced con su parroquiano que salga de pecado, o que haga lo que debe, esté de fuera con él y de dentro con Dios, pidiéndole le dé lo que vuestra merced pide a su oveja. Si va por la calle, otro tanto; y si *tuviere el ojo de la intención sencillo* (*Lc.*, 11, 34), que no buscare en los negocios sino a Dios, fácilmente se recogerá, sin llevar consigo las imágenes de las cosas que trató en los negocios.

3. Lo otro, estando en oración, despiértese a mirar cómo habla con aquel Señor de quien los ángeles tiemblan de reverencia; y cuando vagare el pensamiento, tórnelo con suavidad y otras veces con dar

(1) *Ellas*: las ocupaciones.

se un bofetón, como a siervo malo, que habla con su señor sin reverencia.

También puede pensar a un sentenciado a muerte, y ya el cuchillo a la garganta, que pidiese perdón al juez, y que por ventura se lo daría, con que aunco se lo pediría.

Sirve también el hacer cuenta que aquel rato está muerto o muriéndose, y que está presentado delante el juicio de Dios, y que no tiene que acordarse de nadie, sino decir: Rogad por mí.

Item, antes de recogerse, leer en algún libro devoto, y también tomar una disciplina.

Item, decir algunas palabras vocalmente, sacadas de la afección de su corazón, o de los Salmos, o de otras partes, que le inflamen a algún buen sentimiento y le despierten; porque mejor es oración vocal ferviente, que oración mental tibia.

Item, guárdese de pecados veniales, porque éstos apagan el fervor de la caridad; y procurar de vivir de manera, que cuando se recoja no tenga nuestro Señor que castigarle con enseñarle la cara airada, o con no mirarle; porque en aquel rato suele Él castigar con esto a los que se han desmandado en otras cosas.

Item, pedirle al Señor espíritu de devoción, y guardar bien lo que le diere; porque *delicata est divina consolatio*.

Item, determinarse de no dejar sus ejercicios, seco o devoto, sino perseverar diciendo: Yo no vengo aquí sino porque el Señor lo manda, y por estar en cruz como Él estuvo.

4. Lo postrero, aunque no tenga vuestra merced tanta devoción como si no tuviese ocupaciones, no se fatigue; pues no es posible, si no fuese por algún muy particular don, tener tanta con ocupaciones, y muchas, como estando sólo noche y día en su celda; pues la fecundidad de Lía recompensa el ser algo cegajosa (2). Y así procure vuestra merced tener la más que pudiere; mas no desmaye si no alcanzare lo que quisiere; que las ánimas en cuyo provecho vuestra merced entiende, algo valen, pues costaron a Jesucristo su sangre.

5. Obligar por vía de precepto a reiterar confesiones, y cuando no hay algunas de las causas que los

(2) Lía, mujer fecunda de Jacob, imagen de la vida apostólica, en la cual la fecundidad espiritual recompensa de no tener tan quieta oración.

Doctores ponen, no es seguro; mas mirando que las que mucho se usan, como vuestra merced dice, son en gran manera dudosas si llevan las condiciones que los Doctores piden, tengo por cosa muy acertada y que se debe mucho procurar, que cuando tienen más sentimiento de este Sacramento y del aparejo que requiere, hiciesen una confesión general. Y el provecho está claro, pues ya que *valgan* las confesiones, hay gran probabilidad para creer que fueron *informes* y no dió el Sacramento gracia por falta de disposición; y para que esta gracia se dé es menester otro mejor movimiento. Y esto es [por] no saberse aparejar para haberlo estas tales personas fuera de confesión, pues aun en ella vemos cuán mal lo hacen. Y hace mucho para esto ver cómo, en viniendo en un hombre llamamiento de Dios a mejor vida que la pasada, su mismo corazón le pide que se confiese de toda su vida. Y así tengo por enseñanza de Dios, y cosa que se debe muy mucho procurar y persuadir al penitente, cuando preguntándole de confesiones pasadas dice haberlas hecho, como muchos las hacen, tarde y mal. Mas si el penitente no quiere menear su vida pasada, no es obligado el Cura a le compeler cuando, como digo, no hubiese alguna causa de las que ponen los Santos, ni el confesor a preguntarle sino desde que se confesó. Mas cuando clara tiene alguna sospecha, pregunte, y haga lo que más conviniere a aquella ánima, y es el confesar una confesión general, si él quisiere hacerla.

6. Cuando el ánimo se siente recogida, no debe el hombre dejar de decir Misa por haber tenido polución sin culpa; y aunque alguna livianilla conozca, con confesarse y dolerse de ello será mejor decir Misa. Mas si está distraído y con feas imaginaciones de la polución pasada, mejor es abstenerse, con que no sea muchas veces, porque si lo es, traerlas ha el demonio para este efecto, que lo suele hacer. Y cuando no hay la tal distracción, de esta o de otra causa que venga, o parezca desacato decir Misa, no se debe dejar. Y así, los que viven vida concertada y no dejan sus buenos ejercicios, dicenla aunque se sientan sin aquel fervor y llamamiento interior que San Buenaventura dice que debe sentir el ánimo para decir Misa o comulgar. El tenía este sentimiento, y así no decía cada día Misa; otros, con Zaqueo, reciben al Señor *con alegría*, y no les va mal de ello, porque a lo menos no tornan atrás, como experimentan tornar si la dejan.

7. Para quien se les pega algo de vano complacimento de ser visto devoto en la Misa, por mejor tengo refrenar la exterior devoción y lágrimas, y pedir al Señor se las guarde para la celda.

8. De salud me ha ido muy mal todo este invierno, y me ha quitado el predicar muchos meses ha. No se si, cesando los fríos, me irá mejor.

El socorro de las Misas y memoria que vuestra merced me hace, le pague nuestro Señor, y me dé gracia para que yo responda, siquiera como flaco, a hacer algo que parezca a lo de vuestra merced. Quisiera saber cómo va en los negocios de nuestro Señor; el padre nuestro. Cristo, que es el dueño de ellos, sea favor de todos los que en ellos entienden, y sea amor único de vuestra merced.

164.—PARA UN CONOCIDO.

De la ceguedad del mundo, y de la diferencia que hay entre el premio que da a los que le siguen, y el que alcanzan los que siguen a Cristo.

Mucho me he holgado con las cartas de vuestra merced oyendo las misericordias de nuestro Señor que en esa ciudad obra. Costámosle caro; no es maravilla que, viéndonos enajenados de sus enemigos y nuestros, se apiade de nosotros, y nos saque de servidumbre tan dura, y nos traslade a su luz y reino, donde hay toda verdad, paz y consuelo.

Grande es, por cierto, la ceguedad del mundo; y viendo ser *el Príncipe de él condenado* (Jn., 16, 11), le quieren seguir, y ser participantes en su deshonor y tormentos, convidándolos el Príncipe de la paz con su compañía. ¿En qué juicio cabe querer más arder con Lucifer, que reinar con Cristo, dando el uno tan poco por llevar al infierno, y pidiendo el otro tan poco para dar el cielo? Y aun lo que pide Él, Él lo da: pues por su gracia cumplimos lo que nos manda en su Ley. Estas cosas tan claras no las conoce el mundo, porque él está en ceguedad, y como el Señor dice (Jn., 14, 17): *No puede recibir el Espíritu Santo, porque no le conoce ni ve.* Pues ¡triste del mundo! Si no puede recibir al Espíritu Santo forzosa cosa es que reciba al espíritu malo. Y de aquí le vienen los males: que, como gente guiada por espíritu de error y maldad, hacen cosas conformes a su corazón. Mas sentencia es firme de Dios (1 Jn., 2, 17) que *el mun-*

do se pasa y sus codicias; y que el que hace la voluntad del Señor vive y permanece para siempre.

Triste de aquel a quien hallare el día postrero de bajo de la bandera del demonio; pues por el mismo caso es [d]el bando contrario a Cristo; y a quien tiene por contrario a Cristo, ¿quién le defenderá? Pronto vendrá el día, y cierto vendrá, en que se vea, y todos lo vean, qué diferencia va de seguir las leyes mundanas o las celestiales. Condenado será quien a sí se amó; el que vivió con su voluntad, atormentado será, y ninguna cosa será hecha a su voluntad; mas quien dejare la suya por hacer la de Dios, gozará de contentamiento eterno, y no habrá cosa que se haga contra su querer para darle pena.

¿Qué tal es Dios, que no pide, sino para dar? Y pide poco, para dar mucho; porque Él es mucho en bondad. Si demanda nuestra voluntad, es para dárnosla después en el cielo; y si nos quita acá de placeres, es para dárnoslos en la eternidad. ¿Quién no se dejará llevar por Señor tan bueno, que todo su cuidado es mirar cómo dará, y más dará, y no para su voluntad, hasta darse a Sí mismo? ¡Oh dichoso día para corazón que le ha de poseer! Y dichosas orejas que tal palabra oyen y ponen por obra.

165.—A UN SU DISCÍPULO.

Que se deben dejar todas las cosas por Cristo, y cuánto bien ganamos perdiéndonos.

CHARISSIME:

Pues que vos no os acordáis de me hacer saber de vos, quiero yo ganar esta joya; que pues vos habéis sido primero en hacerme buenas obras, no es mucho que yo lo sea siquiera en palabras.

Deseo veros desenredado del mundo, para que, vuestras cadenas sueltas, pudiédeses correr tras el que corrió hasta la cruz, para desde allí correr al descanso del cielo. No es cosa ligera ser uno cristiano en las obras. Regla es muy santa, que los que tienen el corazón partido, pasan mucho trabajo, y corren mucho peligro en este negocio; el cual sólo es el que nos debe poner cuidado, porque ¡ay de nos, si lo hacemos mal! San Pablo dice (1 Cor., 7, 32): *Quiero que todos estéis sin cuidado*; esto es, que cuanto faltare el cuidado en lo temporal, tanto lugar hay en lo es-

piritual; para lo cual es menester mucho, porque mucho es lo que va en ello, y muy mucho es este Dios a quien hemos de servir. No os ocupeis, pues Dios os ha librado; no os hagáis sujetos de tierra, a quien hizo herederos del cielo. ¿Qué podéis tener, aunque todo el mundo tengáis? ¿Tenéis, quizá, más contento o seguridad de vuestra salvacion? Sabed que *a quien mas dan, más cuenta le han de pedir* (Lc., 12, 48); y debajo de las mayores dignidades hay peligros para mayores maldades; escondeos porque no os hallen los que siempre *andan buscando a quien traguen* (1 Petr., 5, 8).

No lucheis vestidão (1 Cor., 9, 25), porque no ganaréis la corona; no corráis con grillos, que os cansaréis y no llevaréis la joya. Si el más aparejado para la lucha suda para vencer, ¿qué espera el mal aparejado sino ser vencido? *Salid de Sodoma, y salvaros habéis en el monte* (Gen., 19, 17), que *todo este mundo está puesto en el mal* (1 Jn., 3, 12). Y no sólo de ella, mas *de sus alrededores*, que son las ocasiones para caer. Quien trata la miel, algo se le pega; y *quien trata la pez, será con ella entiznado* (Eccli., 13, 1). Y así es difícil cosa tratar negocios corporales y no perder algo del ánima. Si estuviérais metido en yugo de matrimonio, dijérais vuestro peligro, mas amonestárais a paciencia y cuidado; mas estando libre, dígoos que no son para vos cuidados de acá, y que no quiero que tengáis paciencia para ser esclavo de la tierra, mas que busquéis *alas de paloma para descansar en Dios* (Ps., 54, 7). San Pablo amonesta que compremos (1), *porque los días son malos* (Ephes., 5, 6). Haced vos así, que esta ocasión y oportunidad que ahora tenéis de seguir a Cristo en reposo, no la vendáis por codicia de tener más dineros; mas compradle, aunque os cueste cuanto tenéis. *El reino de Dios es margarita preciosa, y quien la halla, todo cuanto tiene vende para comprarla* (Mt., 13, 45), y con ella sola se tiene por más rico, que con todos los bienes; no duda perderlo todo, aun hasta su vida, por ganar esta rica y cierta esperanza de ser heredero del cielo. No negará Dios a quien todo lo niega por Él. Dad os, que dáoselos ha; perdeos, que hallarlo habéis, y a vos con Él. Porque así como el que a sí se busca, pierde a Dios y a sí mismo, también quien a Dios

(1) No hace sentido esta palabra: San Pablo dice que *rescatemos el tiempo*.

busca, halla lo que busca, que es a Dios, y también a sí mismo que no se buscaba. No es menester dilación para cosa tan clara y tan buena; no seáis como los yernos de Lot (*Gen.*, 19, 14), que se hicieron sordos a quien les amonestaba salir de Sodoma, y la pena de su dilación fué ser quemados con los otros por el luego que del cielo llovió. *Con mucha prisa* (v. 22) decían los ángeles a Lot que saliese, y no quieren que haya dilación en huir del peligro, porque no sean envueltos en él, hallándose burlados, los que pensaban que no les comprendería.

Hermano, no dió Cristo licencia al manco que le quería seguir, que viniese a ordenar su casa y hacienda, antes le dijo (*Lc.*, 9, 62), que *ninguno que ponía la mano al arado y torna atrás, es bueno para el reino de Dios*; y esto, porque sabe cuántos se han quedado pescados del mundo en el corazón, por haberse llegado con las manos a sus negocios. Si no podéis presto desatar negocios, cortadlos; que si algo esperáis, nunca veréis ese día. ¿Qué os pena la temporal pérdida, pues Cristo promete aquí *ciento y tanto, y después la vida eterna*? (*Mt.*, 19, 29.) Ensanchad el seno para recibir los bienes divinos, y no os fiéis en cosas percederas, porque no perezcaís vos con ellas. Básteos Dios, pues basta a los ángeles. Y para que de mejor gana quiera ser de vuestra parte, no toméis otra parte; que quien a Él tiene, todo lo tiene, y le sobra todo. ¿Por qué queréis hambrear migajas de criaturas, teniendo tal hartura de mano del Rey? Esforzaos a servir a Dios, que alcanzarlo habéis. Tanto alcanzaréis de Él, cuanto perdiereis de vos; tanto os consolará, cuanto por Él trabajáredes; y tanto seréis ensalzados, cuanto acá humillados (*Mt.*, 23, 12). Atreveos un poco a confiar de Dios todo esto presente, y os será dado lo que no se puede decir ni pensar; porque sobre todo pensamiento será lleno y abastado quien por Él se empobrece. Porque así como Dios es grande, así lo es para los que se apocan para Él, para manifestación de su eterna e infinita bondad y por eterno provecho de ellos. Esperadlo no aquí sino en el cielo, adonde plega a nuestro Señor Jesucristo nos veamos. Amén.

166.—PARA UN DISCÍPULO PREDICADOR.

*Contra la vanagloria que suele a los tales tentar.
Cómo ha de dirigir a unas jovencitus.*

1. El Espíritu consolador y virtud de lo alto more siempre con Vuestra Reverencia, y obre en él el premio de la gloria de Cristo, pues el oficio suyo es aquéste, según el Señor lo dijo (*Jn.*, 16): *Ille me clarificabit*. Para lo cual conviene vivir con cuidado, porque el limpisimo Espíritu limpia morada requiere; y la deidad muy alta, pide reverencia profunda; y la bondad infinita es muy celosa, si ve que en otra parte se pone un poco de amor. Lo cual considerado, tenemos mucha razón de temer y angustiarnos; porque no es pequeño negocio querer un hombre, criado *del limo de la tierra*, tratar con Dios y ofrecerle digna morada, y así vivir que agrade a los ojos de tan gran Majestad. *Ad haec, quis idoneus?* Aquel por cierto, y no otro, *quem ipse elegit, et gratia sua dignatus est*. Espero yo en Él, que uno de ellos es Vuestra Reverencia para perpetua honra de este Señor *qui suscitavit de pulvere egenum, et de stercore elevat pauperem, ut sedeat cum principibus, et solium gloriae teneat* (*Ps.*, 112). Este es el que hace de los lobos corderos, y de los perseguidores devotos, y de los que volvían las espaldas hace continuos contempladores de su hermosura. Este defenderá esa su ánima *a sagitta volante in die* (*Ps.*, 90), como la ha defendido *a negotio perambulante in tenebris*. *Nemo scit (inquit Augustinus) quas vires nocendi habeat gloriae magnus amor, nisi cui ipsa bellum indixerit*. Mas peleando Dios, según su promesa, por nosotros, Él hará desaparecer nuestros enemigos así como humo.

2. San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta sabrosa ponzona, hacia cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba honra, y así escapaba del canto engañoso de esta sirena. Santo Tomas hacia una cruz encima del corazón, y decía (*Ps.*, 113): *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam*. Y vino a tanta pureza, que ningún movimiento sentía de aqueste mal. Y con mucha razón, porque ¿qué cosa más para huir, que el robo de la honra de Dios, y diciendo con la boca que miren a Dios, querer con el corazón que quiten sus ojos de Él, y los pongan en una vileza? Voces son las

cosas criadas que *cantan la honra y gloria de Dios* (Ps., 18), imágenes o pisadas para traer en conocimiento del Criador. ¿Qué cosa más al revés se puede pensar, que lo que es ordenado para otro se desordene contra él, y se quiera hacer de camino término, y de medio fin? Aparte Dios tal ceguedad de los sus ojos por la dignidad de su honra. Y si alguna vez esta vanidad nos tocara, debemos alzar el corazón al Señor, diciendo: *Tibi, Domine, gloria!* u otras semejantes palabras, y despreciar aquel impuro movimiento, hasta que poco a poco se haga el ánimo a no mirar en ello, como suele mirar en no querer hurtar la hacienda ajena, aunque mucho se lo rueguen.

3. Por el fruto que nuestro Señor da, se den gracias a Él; porque tampoco es en nuestra mano hacerlo, como que la tierra dé fruto no lloviendo del cielo. Y aunque el galardón del sembrador no esté colgado del fruto que nace, mas de la caridad de la honra de Dios y del provecho del prójimo, y de los trabajos que por ello pasa; mas todavía se debe gozar porque lo (1) haya Dios hecho instrumento y apesentador para que Él more en las almas; según nos enseñó Jesucristo, cuando una vez que leemos *haberse gozado*, fué *en espíritu*. y venidos los discípulos de predicar (Lc., 10, 21): dando a entender en esto, que el gozo del cristiano no ha de ser otro, sino de ver el Evangelio publicado y recibido. En este gozo (2) no ha de tener parte la vanidad; mas ha de ser *en el Espíritu Santo*, gozándose de la conjunción de las ánimas con su Dios, y atribuyéndole a Él buen suceso de este negocio.

4. Y pues Dios ceba a Vuestra Reverencia con darle a comer esas ánimas, muertas al pecado, y vivas a Él, cobre aliento, y ceñido de la espada de la palabra de Dios, *haga sangre* en los pecados, enemigos nuestros, y saque la presa de la boca del león, y los peces que en el profundo de la mar están, y ofrézcase a todo trabajo, hasta muerte de cruz, *no dando sueño a sus ojos, ni descanso a sus pestañas, hasta que halle y gane muchas ánimas, donde Dios se aposente* (Ps., 132), y como en cama descansen; para que siendo imitador del fidelísimo Hijo, que con tanto cuidado buscó la honra del Padre, y *manifestó a los hombres su nombre*. sea participante en aquella bienaventurada

(1) *Lo*: los (edic. 1595).

(2) *Gozo*: negocio (edic. 1595).

promesa, dicha por la boca de la Verdad (*Jn.*, 12): *Ubi ego sum, illic et minister meus erit.*

5. Y esas docellitas, que me dice ha Dios despertado para buscarle, las encomiende mucho al Señor, y las rija con prudencia, no dejándolas llegar tanto a Dios, que caigan con el gran peso, y sean cegadas con la mucha lumbre, y se arrepientan por no haber tomado el consejo del Sabio (*Prov.*, 5): *Mel invenisti? Comede quod sufficit tibi; ne forte satiatius evomas illud.* Téngales la mano a la frecuencia de la comunión y oración; y esté cierto que no se enojará Dios de ello, ni les negará en su rincón lo que en el altar les había de dar. Y no les deje hacer voto de virginidad hasta que pasen años de oración sobre ello; porque no se deje livianamente lo que livianamente se tomó.

No se alegre con la prosperidad, ni se derribe con la adversidad; mas el un tiempo espere al otro, y siempre confiado de Cristo, que le dará su favor, el cual sea con él siempre. Y esté sobre aviso, que si es prongero de Cristo, ha de ser probado.

167.—PARA EL MISMO.

De los provechos de la tentación y por qué lo permite Dios nuestro Señor.

Dos cartas de vuestra merced he recibido, y según mi flaqueza, he encomendado al Señor lo que en ellas venía; y sea Él bendito, que ha dado algún alivio a la tribulación pasada, haciendo en esto lo que suele, que es enviar bonanza después de la tempestad; porque lo uno y lo otro es menester para aprovechamiento de sus siervos; los cuales no menos alabanzas le deben dar cuando los deja desabridos y les quita lo que desean, que cuando los lleva con dulcedumbre y regalo; antes más le deben agradecer cuando los libra del propio contentamiento—el cual es muy anejo a la prosperidad—, y los guarda seguros debajo de su vara de la tribulación mirando más a lo que les cumple, que no a lo que bien les sabe.

Y mucho he holgado que vuestra merced haya conocido la gran fuerza de las interiores batallas, para que más y más conozca la pobreza propia y la grande necesidad que del continuo favor de Dios tiene. ¡Oh Padre mío! y si Dios soltase un poquito, y dejase soplar los vientos, y alborotar la mar de nuestro cora-

zón, ¡cuán claramente vería la maravilla que Dios hace en tener a una ánima que no se ahogue entre tanta muchedumbre de olas, que llegan al cielo! Y allí conocería cuán de verdad está dicho que el hombre *es polvo y ceniza*; y quedaría tan asombrado, que, como un niño chiquito, andaría con la oración conteniendo a nuestro Señor. Y allí vería con cuánta razón es alabada la fe, pues basta a tener en pie a un hombre, y resistir tantas olas de tempestades, que parece que le quieren tragar, y dicen (Ps., 3): *Non est salus ipsi in Deo ejus!*

Esta es la fe, por la cual (Rom., 4) *in spem contra spem credimus*; y la anchura de nuestra ánima, que entre todos esos alborotos osa decir (Ps., 3): *Tu autem, Domine, susceptor meus es, gloria mea, et exaltans caput meum*. Y pocos hombres hay tan fuertes en ello, que a los primeros encuentros no sientan algún desmayo. Y por eso permite Dios que sus siervos entren muchas veces en estos peligros, para que viéndose librados maravillosamente por la mano de Dios, cobren ánimo para otras veces, esperando el favor de Dios, al cual sintieron fiel en la tribulación pasada, y así vaya su fe adelante, *et mutent fortitudinem, assumant penas, ut aquila, volent et non deficiant* (Is., 4).

Una sola cosa me descontenta un poco, que es verle librado tan presto; y háceme sospechar que se había flacamente en la pelea, pues tan presto le sacaron de ella. Aunque bien creo que no será ésta la postrera. Por tanto, enmiende en esotras, si alguna flaqueza hubo en la pasada, y no descansen hasta que aprenda a vivir en el fuego sin quemarse, hallar paz entre la guerra, y tornar las piedras en pan; porque en esto consiste nuestro verdadero aprovechamiento, por ser cosa que no va manchada con nuestro propio interés ni voluntad, que son dos lepras que tarde nos dejan; aunque algunas veces están escondidas; y tanto más peligrosamente engañan, cuanto más seguridad parece que hay. Por tanto, el siervo de Dios vele mucho sobre ello, y agradezca y reciba de buena gana lo que viniere en contrario a su parecer, voluntad e interés, pues con ello se purifica y vence sus enemigos.

168.—AL MISMO

Animándole a predicar. De la poca estima en que hoy día están las cosas del divino servicio, y de la perdicción del mundo.

Tenia tan deseado saber de vuestra merced, que no me fué pequena alegría ver su carta. Porque como me habia escrito su indisposición, y no habia sabido de su mejoría, no podia estar el amor sin pena. A Cristo gracias, que dio fuerzas para predicar su nombre; Él dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa y honrosa.

Mas ¡ay de nos!, que hemos venido a tiempo, que está el corazón del hombre casado con la tierra; y de este casamiento ¿cómo saldrán hijos para el cielo? No se puede ver el sol sin lumbre del mismo sol, ni puede Dios ser alcanzado sino por favor del mismo Dios. *Del cielo ha de ser lo que ha de subir al cielo* (Jn., 3, 13); mas la tierra no puede subir allá. Pienso yo, Padre, que estamos a la fin del mundo, pues estamos en el cabo de los pecados y olvido de Dios; y no sé adónde puede llegar mas esta dureza y desprecio de la palabra de Dios, e insensibilidad para los negocios del alma.

No tiene que ver la negligencia de los yernos de Lot, que les parecía hablar su suegro de burla (Gen., 19), con la que ahora hay, pensando que está Dios burlando cuando habla; ni se teme su amenaza, ni se cree su promesa, ni se estima su alteza, ni hay quien ame su bondad. ¡Oh joya de tanto precio, y qué lástima es verte tan mal apreciada, y que no hay cosa en la tierra que no tenga amadores, y tú, Señor, sin ellos, o con muy pocos, o muy flacos! Dé, Padre, voces, délas muy grandes, que no hay bien sin Dios, no hay hermosura sin Dios, y que tan puestos habían de estar los ojos de las criaturas en sólo Él, como si no hubiese otra cosa sino Él. No estorben, no, las sombras a la estima que se debe a la Verdad; ni las chiquitas gotas de la fuente grande detengan al sediento, que no vaya a beber de la misma fuente. No es, cierto, justo que se ponga Dios en olvido porque dió dádivas a los hombres, pues crió las cosas para que por ellas pasasen a Él. Gravemente le hemos ofendido en *usar* de lo que habíamos de gozar, y gozar de lo que habíamos de *usar*, quitando la gloria que se